
LA CONSTRUCCION DE EUROPA

Gerardo Fernández Albor

Este es el texto de la conferencia dictada en la Universidad Nacional de La Matanza por el distinguido académico, parlamentario y diplomático español, durante la visita realizada en octubre de 1996.

En primer lugar, permítanme agradecer a los organizadores el haberme brindado la oportunidad de dirigirles hoy unas palabras sobre la “construcción de Europa”, apasionante aventura hacia la integración en la que están embarcados los países europeos, y el haberme proporcionado, al mismo tiempo, la excusa para visitar de nuevo esta maravillosa ciudad como es Buenos Aires, por la cual siento (como ustedes bien saben) un cariño tan especial.

Agradecimiento y satisfacción como ciudadano europeo, español y gallego, por encontrarme profundamente convencido de una causa, la de la integración europea.

Queridos amigos, nada más difícil que resumir en pocas palabras una historia en la que, a pesar de haber transcurrido tan sólo cuarenta y cinco años de aquel famoso discurso en el que Robert Schuman lanzaba su proyecto de una Europa unida, resulta tan compleja y dinámica.

1. Europa, hija de la necesidad

Así es como fue calificada en su día. Hija de la necesidad, fruto de la

En marzo de 1957, en Roma, se firmaban los Tratados de la Comunidad Económica Europea (CEE) y la Comunidad Europea de la Energía Atómica (CEEA).

Los principios bases de las Comunidades Europeas consistían en la libre circulación y movilización de factores (personas, mercancías, servicios y capitales).

Pero no han faltado desavenencias y dificultades en esta labor. Los años 60 presenciaron varias “crisis” institucionales, principalmente debido a las reticencias de algunos Estados al componente de la supranacionalidad, que puso a la Comunidad Europea al borde de la desaparición. La “crisis de la silla vacía”, protagonizada por Francia es un ejemplo de lo anterior.

Superadas estas desavenencias, la Comunidad alcanzó un desarrollo espectacular, que sólo se vio interrumpido por las crisis del petróleo de los años 70.

Finalmente, las sucesivas adhesiones de Gran Bretaña, Irlanda, Grecia, España y Portugal vinieron a completar el cuadro integracionista, a una Comunidad que sumaba ya doce.

2. Europa durmiente, el despertar de Europa

Los años 80 confirmaron el declive de Europa, el crecimiento mediocre de la economía, la falta de producción industrial, la falta de tecnología, el dramático desempleo. Se necesitaba actuar con firmeza, con una respuesta concreta. La Comisión europea, en manos de su presidente Jacques Delors, lo hizo cuando presentó su estrategia para “la Europa durmiente”.

Un objetivo concreto: el establecimiento de un vasto mercado interior que, al fijar la fecha para el 31 de diciembre de 1992, puso en marcha el cronómetro de la política europea.

Europa comprendió que la caída de barreras, la apertura, la competitividad era la respuesta al dilema: o el declive o la supervivencia. Y el éxito no se hizo esperar, Europa remontó el vuelo.

La aprobación de los sucesivos “Paquetes Delors”, que comprendían un conjunto de medidas para la culminación del mercado interior y la firma del Tratado de Maastricht terminaron de diseñar la “arquitectura comunitaria”.

De la Comunidad económica pasamos a la Unión política y monetaria.

El europeísmo que acompañó la firma del Tratado de Maastricht sufrió un duro revés en 1993: “año negro para Europa”.

El “no” del pueblo danés, la interminable ratificación del Tratado de la Unión por la Cámara de los Comunes, las crisis monetarias que culminaron en el verano de 1993, el bloqueo de la negociación del GATT, el aplazamiento *sine die* de la aplicación de los acuerdos de Schengen se añadieron a la crisis económica en la que estaba sumida toda Europa.

Eslovaquia y Eslovenia) y, más tarde, Rumania y Bulgaria formarán parte integrante del club europeo.

El conjunto de la maquinaria europea que prepara la adhesión se ha puesto en marcha desde el Consejo europeo de Essen (diciembre de 1994) y se ha elaborado un "Libro Blanco" que permitirá su mejor integración en el mercado interior, por la reconversión de sus economías y la consolidación de sus democracias.

Otras ampliaciones se van a suceder próximamente, como la de Chipre y Malta cuyas negociaciones de adhesión (según lo acordado en el Consejo europeo de Cannes en junio de 1995 y más tarde confirmado en el Consejo europeo de Madrid), comenzarán seis meses después de la conclusión de la Conferencia que revisará el Tratado.

Asimismo, se tiene en perspectiva a los tres Estados Bálticos (Estonia, Letonia y Lituania), con los que se mantienen "acuerdos europeos de asociación" (un tipo de acuerdo orientado a preparar su futura adhesión). Eslovenia pronto se sumará a los anteriores.

Pero el nuevo mapa europeo se estaba trazando con un solo punto de mira: Europa se ampliaba hacia el Este.

En los salones de Bruselas se comenzaron a escuchar voces en favor de la solidaridad con los países de la frontera Sur.

La necesidad de equilibrio de la carta europea se ha visto satisfecha en la Conferencia Euromediterránea de Barcelona (el pasado mes de noviembre), punto de partida hacia una asociación global con los países de la ribera Sur del Mediterráneo.

Por otro lado, recientemente el Parlamento europeo ha dado su visto bueno a la Unión Aduanera con Turquía.

4. Europa, ¿hacia su fase final?

El 29 de marzo, el Consejo extraordinario de Turín procedió a la apertura solemne de la Conferencia intergubernamental.

Esta cita para la revisión del Tratado nos ha obligado a realizar un análisis profundo de los desafíos internos y externos que se presentan a la Unión, los cuales han quedado reflejados en el Informe del Grupo de Reflexión: una reforma institucional (en particular la referida a la preparación para nuevas ampliaciones, los derechos del Parlamento Europeo, la mejora y simplificación del procedimiento legislativo) y el desarrollo de la política exterior y de seguridad común (cuyo funcionamiento hasta ahora ha dejado mucho que desear) fundamentalmente.

¿Qué esperamos de la revisión? y, concretamente, ¿qué espera el Grupo PPE? (La postura del Grupo PPE se recoge en el documento del grupo de trabajo presidido por el eurodiputado Hans-Gert Poettering, aprobado definitivamente en noviembre durante la reunión del Grupo en Madrid).

Dar contenido a la ciudadanía de la Unión resulta hoy en día tan prioritario como el establecimiento de la Unión Económica y Monetaria.

Un significativo progreso en el camino de la ciudadanía europea se produjo en julio del 95 cuando el Parlamento europeo eligió por primera vez al Defensor del Pueblo, portavoz de los ciudadanos ante las instituciones de la Unión.

La institución del Defensor, encarnada por primera vez en la figura de un finés, el señor Söderman, representa una importante pieza en el rompecabezas de la ciudadanía europea.

El derecho a voto en las elecciones europeas y municipales, la libre circulación y estancia en todo el territorio de la Unión o el derecho de petición son otros de los logros en este campo.

De la Conferencia que revisa el Tratado esperamos mucho en este sentido. Porque no podemos permitirnos avanzar en la integración sin contar con el apoyo de los ciudadanos.

No podemos permitirnos, una vez más, firmar un Tratado que, aunque ambicioso, sea árido e ininteligible para el europeo común.

Queremos una Europa viva, algo más que una mera expresión geográfica o un edificio burocrático y artificioso alejado de los ciudadanos.

La participación de la ciudadanía es un factor de legitimidad y una condición de éxito.

En palabras de Abel Matutes, ex comisario europeo y actualmente presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores del Parlamento Europeo: "el gran reto es conseguir que Europa deje de ser el problema y sea percibida como la solución de los problemas de los ciudadanos".

Por otra parte, para que Europa se convierta en **gran Europa** tiene que convertirse en un organismo viviente, capaz de asegurarse sus propias funciones vitales.

Y para que este cuerpo pueda defenderse de agresiones interiores y exteriores es necesario establecer una política de defensa y seguridad común.

El panorama internacional ha cambiado: la tradicional amenaza de un conflicto global ha desaparecido.

Sin embargo, existen una serie de riesgos que pueden poner en peligro la seguridad en el continente y en todo el globo: los conflictos fronterizos, los graves atentados contra los derechos de minorías nacionales, la existencia de grupos armados, la proliferación de armas de destrucción masiva, nucleares, químicas y biológicas, el terrorismo internacional, el narcotráfico, la emigración incontrolada e ilegal son algunos de los ejemplos que se podrían citar.

En Maastricht se materializó un compromiso de creación de una seguridad y defensa propiamente europea cuyo brazo sería la Unión de la Europa Occidental.

Si la Unión Europea aspira a construir un orden de seguridad duradero,

proyectarse con una sola voz hacia el exterior y participar con peso propio en la escena internacional, no puede retrasar más la puesta en marcha de una política de seguridad y defensa común.

En 1998, el Tratado que da vida a la Unión de la Europa Occidental llegará a su fin.

La Conferencia Intergubernamental deberá configurar definitivamente el papel de la UEO como institución encargada de ejecutar la política de seguridad y defensa común de la Unión.

Para terminar, quisiera realizar un paréntesis al tema central de mi discurso para señalarles que, en esta Europa que se está configurando paso a paso, no queremos dejar de lado la proyección hacia Iberoamérica.

Y ello por motivos que trascienden lo puramente económico y comercial. Permítanme un ejemplo gastronómico para ilustrar lo anterior.

¿Hay algo más francés que *les pommes de terre*, las “manzanas de tierra” como llama el pueblo de Rabelais y de Moliere a las patatas? ¿Hay algo más español que la tortilla de patatas? ¿Hay algo más alemán que el *Kartoffel*, la patata que fue el maná celestial que permitió sobrevivir al pueblo de Bach y de Hegel después de la Segunda Guerra Mundial? ¿Hay algo más irlandés que los *potatoes*? ¿Qué sería del pueblo italiano si suprimiéramos la salsa de tomate de los espaguetis, de la Lasagna?

Algo tan europeo como la patata o el tomate no existía en el viejo continente. La punta del iceberg cultural euroamericano está por “redescubrirse” y explorarse a fondo.

España, desde que se convirtió en uno de los socios europeos, ha tenido presente su histórica vinculación con los países iberoamericanos y los españoles hemos luchado por incorporar la dimensión iberoamericana en la Unión.

En la actualidad, nos encontramos en un período favorable de las relaciones entre los dos continentes.

Los nuevos acuerdos (que se han firmado o que están en fase de negociación) con el Mercosur, México, Chile, Centroamérica o el Pacto Andino muestran la intensificación de vínculos de todo tipo con Iberoamérica.

Termino ya, queridos amigos y termino reconociendo que Europa, la Europa que se construye cada día, como toda institución dirigida por hombres, no es perfecta.

Pero créanme que por esta Europa, paridora de pueblos, defensora de la democracia y de la dignidad de la persona humana, defensora de la libertad; por esta Europa, esperanza para el mundo, vale la pena soñar y vale la pena luchar.